

HACIA UNA CULTURA DE INNOVACIÓN EN LOS centros escolares

ÉLOGIO DE LOS OLIVOS

M^a DOLORES MORILLAS GÓMEZ

Directora del Instituto de Estudios pedagógicos Somosaguas (IEPS)
morillas.gomez@gmail.com

Si miramos a nuestro alrededor y escuchamos con atención lo que nos dicen las noticias o los expertos, si nos atrevemos a pensar con detenimiento sobre nuestras acciones en la vida cotidiana, hay una frase que nos toca o golpea con fuerza, “estamos en crisis”. Estamos en un tiempo emergente de complejidad, de incertidumbre y de cambio.

Podemos afrontar la crisis fijándonos en lo que de doloroso, de negativo y de final, tiene. En este caso hablaremos de la urgencia: la “urgencia de cambiar la sociedad del bienestar”, la “urgencia de las reformas laborales”, la “urgencia del cambio climático”, la “urgencia de la educación”. En el fondo queremos cambios y, en nuestra situación de angustia, ¡los queremos ya! Que alguien nos dé la receta...

Esa receta no la vamos a encontrar en el campo educativo. La educación es un proceso de cambio lento y cuidadoso, es por lo tanto un proceso de crisis continua a lo largo de la vida. Como la semilla que se echa en la tierra, brota y se la nutre para que crezca y dé fruto. Como la mujer de parto que da a luz una criatura y que va aprendiendo a ser madre en el cuidado cotidiano de su hijo, hasta que éste se hace adulto. Por ello, es absurdo mirar el cambio educativo como una urgencia. Consumimos innovación y todo arreglado. La educación nos habla de un mundo en emergencia, de un mundo que, porque se sabe imperfecto, cambia y hace brotar algo nuevo.

Los cambios en educación no surgen a golpe de reforma o de pelea política. Tampoco son efectivas las grandes revoluciones tecnológicas si estas no implican una educación para aprender interconectados, para trabajar en redes. En nuestra historia reciente tenemos una buena muestra de ello. Los cambios reales surgen cuando los profesionales implicados están motivados, se capacitan desde la práctica y apuestan por enfrentar los problemas educativos con creatividad, en equipo y sumando.

Los cambios en educación no surgen a golpe de reforma o de pelea política.

Los cambios reales surgen cuando los profesionales implicados están motivados.





EL INSTITUTO VERITAS. REFERENCIA DE ESCUELA INNOVADORA

Para ilustrar en la práctica esta afirmación, voy a centrarme en un centro educativo, el Instituto Veritas (Pozuelo de Alarcón, Madrid), que ha sido referencia durante los 50 años de vida y trabajo que lleva, de lo que es una escuela innovadora, una escuela que crea un movimiento de renovación pedagógica y es referencia obligada en la educación activa y personalizada.

Lo voy a poner como ejemplo por dos razones: la primera nace del agradecimiento a los compañeros/as que cada día y de forma silenciosa buscan maneras creativas para educar a cada persona y a todas las personas más allá de las resistencias al cambio que encuentran a su alrededor. Con ellos/as he aprendido mucho sobre innovación educativa en la práctica.

La segunda razón es más de fondo y toca a la esencia del cambio educativo: el tiempo y el ritmo de cada persona para aprender es diferente y por lo tanto innovar en educación requiere paciencia, respeto a lo distinto, cuidado de todo lo humano: un clima educativo sereno, expansivo, comprometido, capaz de hacer que cada uno dé de sí lo mejor de sí mismo. En definitiva, saber ir de los problemas cotidianos urgentes a los emergentes.

El Instituto Veritas es como el campo de olivos que lleva en su escudo, un centro que hunde sus raíces en los movimientos mundiales del “optimismo pedagógico” de los años 60 y 70 del siglo pasado y que ha ido cambiando en tiempos de calor y de sequía. Que ha pasado por momentos de fertilidad e infertilidad. Lo único que no aguanta, como los olivos, es el frío de la indiferencia ante lo que ocurre a su alrededor.

La innovación educativa sólo tiene sentido si forma personas completas, capaces de comprometerse en cada momento con la sociedad compleja que les toca vivir y transformarla éticamente con valores más justos y solidarios. Y esto sólo es posible si se genera una cultura del cambio, de la creatividad compartida, una cultura en la que está claro el sentido y el horizonte de la tarea, aunque los pasos de cada día sean inciertos.

El Instituto Veritas ha tenido (y tiene) unos principios didácticos de referencia que lo hacen un centro claramente innovador para la situación de crisis que vivimos:





PIONERO EN LA ACCIÓN TUTORIAL

En primer lugar, pone al alumnado en el centro de la acción educativa. Es característico del centro el acompañamiento de cada alumno, de manera personalizada, asumiendo como riqueza su personalidad propia, personalidad que sólo se puede construir en interacción y cooperación con los demás y con el entorno. Centro pionero en la acción tutorial personal y de grupo, en el trabajo en equipo, en la atención a una diversidad que no uniformiza, que no mutila el crecimiento de cada uno, tiene en este momento el desafío de avanzar en una educación cada vez más inclusiva y para ello apuesta en una formación continua y en la reflexión sobre la propia práctica.

En un mundo que corre el riesgo de la despersonalización, la innovación no puede ser un privilegio de los que más pueden, sino que los proyectos “más excelentes” son aquellos que permiten que todas las personas aprendan lo más y lo mejor de sí mismas. La creatividad para el cambio sólo es posible en una sociedad diversa que acoge a cada uno como es y cómo puede llegar a ser.

EL AULA Y LA VIDA, UN TRABAJO EN RED

Un segundo principio educativo del centro pasa por la conexión del aula con la vida. El trabajo por proyectos dentro y fuera del aula y/o del centro, la participación en redes de aprendizaje, como la Red de Escuelas Asociadas de la UNESCO: la implicación de las familias en el centro y en el aula, el desarrollo de una ciudadanía ética y vital que permite analizar la realidad para comprometerse con ella posibilitan, en la práctica, entrar de lleno en lo que plantean las nuevas reformas educativas fundamentadas en el desarrollo de las competencias básicas.

CAPACIDAD CRÍTICA

Un tercer principio educativo está enraizado en el desarrollo de un aprendizaje crítico y creativo. La capacidad crítica y creativa es el gran motor de la cultura del cambio que una sociedad compleja como la nuestra necesita.

Para su desarrollo el centro intenta hacer consciente al alumnado de las ideas previas que tiene de la realidad, le ayuda a contrastar críticamente diversas fuentes de información, favorece la participación y la toma de decisiones, propone tareas y problemas a debate que permiten el pensamiento divergente, desarrolla el hábito de la autoevaluación y de la heteroevaluación como estrate-

gias metacognitivas, incentiva la sensibilidad y gratuidad de la educación artística, promueve el voluntariado y el compromiso transformador, acoge la iniciativa, la originalidad, la reflexión sobre la práctica, el diálogo, el debate, etc. Es decir, plantea de raíz una cultura de la innovación que no se fundamenta en las modas pedagógicas del momento; sino en la capacitación para un pensamiento crítico y creativo, de un pensamiento para el cambio.

DESDE UNA PERSPECTIVA SISTÉMICA

Un cuarto principio educativo tiene que ver con la perspectiva globalizadora del currículo. Esta perspectiva permite el desarrollo de proyectos transversales e interdisciplinares, flexibiliza los espacios y los tiempos de los procesos educativos. En una realidad globalizada como la que vivimos, en la que los problemas son complejos, abordar situaciones de aprendizaje desde las diversas áreas y materias, permite asumir la realidad desde una perspectiva sistémica, en definitiva desarrollar competencias para la vida.

ACTITUDES Y VALORES

Un último principio educativo tiene que ver con el desarrollo de actitudes y valores para la interioridad, la convivencia y la interacción social. En medios educativos donde la convivencia, la disciplina y el valor del esfuerzo personal y compartido es cada vez más difícil, crear un clima educativo donde la norma no sea impuesta desde fuera sino que nazca de valores interiorizados en los que la relación afectiva y efectiva con los demás sea un bien deseado por cada uno, es una tarea ineludible si queremos educar para una ciudadanía responsable y no para una ciudadanía servil de la cultura dominante.

Identidad del centro

- En clave humanizadora, que entiende a la persona como singular y única, con posibilidades de ser educada, de crecer y de desplegar sus propias capacidades.
- En clave cristiana, que tiene el Evangelio como referente de su propuesta educativa, y que explicita la fe en la sociedad multicultural y multirreligiosa en la que vivimos.
- En clave de escuela innovadora y abierta a los valores emergentes.
- Que trabaja desde metodologías que favorecen la colaboración, la reflexión crítica, la interculturalidad.
- Que plantea innovaciones de forma sistemática a partir de la evaluación de la propia práctica.
- Una educación que trabaja para una ciudadanía responsable, que forma personas capaces de trabajar a favor de los derechos humanos, de la solidaridad, la paz y la justicia.
- Que promueve una escuela inclusiva, y ve la diversidad como una riqueza.
- Que da importancia a la formación permanente, comprometida con el estudio y la reflexión cultural, y cree en un educador como elemento central en el proceso educativo, y que humaniza en todas las circunstancias.



Los principios educativos impregnan una cultura. Sin embargo, esta cultura en la práctica puede verse frenada o desdibujada si los profesionales implicados pierden la motivación, la identidad colectiva que pretenden o no se capacitan suficientemente para llevarlos al aula en cada momento histórico que vive un centro educativo.

En todo centro educativo, también en el Instituto Veritas, existen profesionales a los que los cambios los apabullan o los atrincheran en su experiencia cristalizada en el pasado (que parece que siempre fue mejor). También existen aquellos que “prueban acriticamente” toda novedad educativa (que no innovación) y se cansan fácilmente en procesos educativos que requieren tiempo y paciencia para que realmente sean efectivos.

Junto a ellos, nos encontramos a muchos profesionales estudiosos y creativos, dialogantes y participativos, cercanos y alegres, cooperadores y comprometidos para los que su profesión es una auténtica vocación, porque como dice Pedro Poveda, fundador del centro que dio origen al Instituto Veritas: “Dadme una vocación, que yo os devolveré un método, una escuela, una pedagogía”.

Hoy sólo es posible una cultura del cambio, tan necesaria para los tiempos de crisis que vivimos, si los profesionales implicados en los diversos ámbitos educativos están motivados y educan para la resiliencia

encuentran espacios y tiempos para su capacitación y para la propia reflexión sobre la práctica, superan la tentación de tirar la toalla frente a las adversidades, en definitiva, creen en un futuro diferente y apuestan por él. Para ello es necesario y urgente el respaldo social. Hoy la escuela no puede ni debe sentirse aislada, sino que como el olivar debe estar abierta al calor (humano) para dar fruto y fruto abundante, aunque sea invierno.

En el interior de la que venimos llamando emergencia educativa encontramos una nueva cuestión antropológica: el malestar de una cultura que empieza a darse cuenta de los peligros que encierra el descuido de lo humano. De ahí la inquietud que compartimos por hacer posible una educación que se oriente lúcidamente a un fin, a una visión sin recortes del ser humano y de la experiencia humana. De ello dan fe muchos hombres y mujeres que día a día ejercen con entusiasmo y pasión sus responsabilidades educativas, irradiando confianza y esperanza, dispuestos a apoyar solidariamente en nuestras sociedades la causa de la persona, su crecimiento y sus derechos. A ellos/as les dedico este elogio de los olivos que permanecen en el tiempo alimentando a una sociedad para su crecimiento. ■